

La mirada de los historiadores liberales centroamericanos sobre Francisco Morazán y el imaginario nacional hondureño (1870-1892)

Ethel García Buchard¹

Recepción: 06 de marzo 2012 / Aprobación: 11 de abril de 2012

Resumen

La construcción del imaginario nacional fue una tarea prioritaria de la tercera generación de liberales centroamericanos cuyo ascenso se inició a partir de la década de 1870 y una ocasión propicia fue la celebración del primer centenario del nacimiento de Francisco Morazán en el año de 1892. En este contexto conmemorativo se publicaron las primeras obras en las cuales se valoraba el papel de Morazán como abanderado de la unión centroamericana. En este artículo se analizan tanto los textos como el contexto en el cual fueron escritos, con el objetivo de reconstruir el proceso de configuración de un imaginario en torno a la figura de un héroe que llega a encarnar los principios de libertad, progreso y unión nacional centroamericana y cómo las imágenes que se van trazando en dichos escritos, se recrean en una simbiosis que se reproduce en el imaginario nacional hondureño a lo largo del tiempo con tal fuerza que su eco llega hasta el presente.

Palabras claves

Centro América, Francisco Morazán, imaginario nacional, héroes, monumentos, biografías

Abstract

The construction of a national imaginary was a high-priority task of the third generation of liberal Central American politicians and intellectuals who took power after 1870. It was also a propitious occasion to celebrate the first centenary of Francisco Morazán's birth in 1892. In this commemorating context the first books were published in which was assessed the role of Morazán as a champion of the Central American Union. This essay analyzes those books as well as the context in which they were written, in an attempt to reconstruct the configuration process of an imaginary of Morazán as a hero, who comes to embody the principles of freedom, progress and Central

¹ Doctora en Historia por la Universidad de Costa Rica (UCR). Docente de la Sede de Occidente, UCR; coordinadora e investigadora del Programa de Investigación sobre Culturas Políticas e Identidades del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA), UCR. Correo electrónico: ethel.garcia@ucr.ac.cr

American national unity, and how the images being drawn in those letters are recreated in a symbiosis that is reproduced in the Honduran national imaginary over time, so hard that its echo reaches the present.

Keywords

Central America, Francisco Morazán, imaginary, monuments, hero, biography

Resumo

A construção do imaginário nacional foi uma tarefa prioritária da terceira geração dos liberais centro-americanos cuja ascensão começou a partir da década de 1870 e uma ocasião propícia foi a celebração do centenário do nascimento de Francisco Morazán no ano de 1892. Neste contexto comemorativo, foram publicados as primeiras obras que valoravam o papel de Morazán como um defensor da união centro-americana. Neste artigo analisamos tanto os textos como o contexto no qual foram escritos, a fim de reconstruir o processo de configuração de um imaginário em torno da figura de um herói que chega a incorporar os princípios de liberdade, progresso e união nacional centro-americana e como as imagens que vão sendo traçadas nesses escritos, se recriam em uma simbiose que é reproduzida no imaginário nacional hondurenho ao longo do tempo com tanta força que seu eco chega até o presente.

Palavras-chave

América Central, Francisco Morazán, imaginário nacional, heróis, monumentos, biografias

Introducción

La conformación de los estados nacionales latinoamericanos, cuyo proceso se efectuó a partir de la segunda mitad del siglo XIX, respondía a las necesidades de los grupos dominantes, descendientes de los conquistadores y colonizadores europeos, en el marco de la constitución y desarrollo de un mercado mundial, que al mismo tiempo que rompía con las barreras económicas establecidas durante los años de sometimiento colonial, favorecía el proceso de interdependencia entre las diversas sociedades y, a la vez, construía nuevas barreras de dominación y de negación de las especificidades socio-culturales de estas poblaciones.

Al inicio del proceso emancipador el reto fundamental era fundar una nueva autoridad legítima que sustituyera la soberanía del monarca cautivo luego de la

invasión napoleónica en el año de 1808. Sin embargo, esta idea de soberanía no era la única que estuvo asociada al concepto de nación. Por ejemplo, durante el período de la revolución y de las guerras de independencia, América del Sur era aún concebida como un espacio abierto a diversas alternativas de asociación política y de formación de naciones (Goldman, 2005). En el caso de Chile, a diferencia del Virreinato del Río de la Plata, los pueblos se integraron más rápidamente en un solo espacio de nacional. Por el contrario, las provincias rioplatenses firmaron un pacto confederativo en el año de 1831, en el que reconocían explícitamente la soberanía de cada una de las unidades políticas que lo avalaron.

Estas experiencias a su vez fueron recreadas de una forma particular en un proceso en el cual la memoria y la historia se funden, yuxtaponen y complementan; de manera que, cuando se habla de imaginario político se hace referencia a las diversas formas a través de las cuales se recrean los sucesos ocurridos en el pasado y que han sido considerados relevantes para la vida nacional al igual que los personajes o actores principales, su interiorización y representación como mito fundacional de la nación y su apropiación en la memoria colectiva (Mora, 2002, 102-105). Es claro entonces que la construcción de un imaginario nacional es el resultado de un proceso histórico en el cual la mitificación e idealización son elementos centrales que se materializan en la erección de monumentos y en la escritura de textos como poemas y biografías, que preservan y fijan la memoria, en un complejo proceso de reconstrucción de un pasado que es necesario recordar y que sirve de base para la elaboración de una memoria en la cual las acciones épicas ocupan un lugar central. La escritura de una historia de bronce es esencial en la configuración de un imaginario nacional y también en la recreación de esa memoria, cuya representación se transforma en una máquina de fabricar respeto y sumisión y en un instrumento que produce la coacción interiorizada que la población requiere (Le Goff, 1991 y Chartier, 1999, 59). Todo esto está asociado a la idea de pertenencia a la nueva entidad nacional que se estaba constituyendo en cada uno de los Estados que formaron parte de la República Federal Centroamericana y cuya separación se hizo efectiva al finalizar la década de 1830.

En este artículo se analizan los textos escritos por los historiadores liberales de las últimas décadas del siglo XIX en los cuales se reconstruyen las hazañas de Francisco Morazán y sus luchas por la configuración de una nacionalidad centroamericana encarnada en la República Federal de Centro América; una entidad política que preservaba el territorio que formaba anteriormente el Reino de Guatemala y que se plasmó en las Provincias Unidas de Centro América, creadas constitucionalmente en el mes de noviembre de 1823.

Lo anterior con el objetivo de valorar cómo se fue configurando un imaginario en torno a la figura del héroe, a partir de las imágenes que se trazan en dichos escritos y que simbolizan los principios de libertad, progreso y unión nacional centroamericana, en una simbiosis que se reproduce y recrea a lo largo del tiempo.

Las primeras imágenes delineadas en el contexto de la celebración del centenario del nacimiento del héroe mártir

La invención de prácticas, símbolos y contenidos al igual que la valorización del pasado como elemento aglutinador del presente son esenciales como instrumentos de afirmación de la nación y como factores aglutinantes para la cohesión social (Bertoni, 1992, 110). Esto es particularmente importante en sociedades escindidas territorial, étnica y socialmente, como es el caso de las entidades políticas que se formaron después de la ruptura de un pacto federal que desde sus inicios mostró gran fragilidad y que al finalizar la década de 1830 se fragmentó en cinco Estados que buscaron su propia vía para encauzar su proceso de construcción estatal.

Los primeros años después de producida la separación con España constituyeron momentos de búsqueda de propuestas políticas viables, en un contexto donde los caminos posibles eran diversos y no necesariamente excluyentes, a pesar de que la historiografía liberal los ha presentado como si lo fuesen. Existía consenso al interior de los grupos políticos dominantes en lo que se refiere a la necesidad de cambio y, en términos generales, la discusión giraba en torno a la forma, las pautas y el ritmo en que debía llevarse a cabo esta transformación y no en lo que se refería a las diferencias ideológicas. Se compartía la idea de la necesidad de crear una sociedad integrada por ciudadanos conscientes y bien formados, que pudiesen expresar su voluntad mediante elecciones regulares y escoger gobiernos que se sometiesen al imperio de la ley, lo cual era congruente con el pensamiento ilustrado de la época (Alda, 2000, 281-282). Esto es importante porque permite un distanciamiento con la perspectiva propuesta por la historiografía liberal, que tuvo un gran peso en las interpretaciones posteriores y cuyo eje se centraba en la oposición entre liberalismo y conservadurismo.

Aunque parezca contradictorio, si se observa con más detenimiento se puede ver que los mismos historiadores liberales de las últimas décadas del

siglo XIX aportaron los elementos de análisis que permiten entender los límites de esa oposición entre federalismo y centralismo. Es claro que la idea de cambio y la urgencia del mismo era compartida por la mayoría y el punto de discusión apuntaba hacia el ritmo que se le debía imprimir a la ejecución del proyecto de transformación. Los liberales creyeron que la puesta en práctica del sistema republicano era la forma de alcanzar esta meta (Alda, 2000, 282) y estaban convencidos del carácter didáctico de sus instituciones y que el ejercicio de los derechos civiles, reconocidos en la categoría de ciudadanos, serían el medio para alcanzar la transformación de la sociedad. En otras palabras, confiaban en los presupuestos de una república representativa como el camino hacia la felicidad de los pueblos.

Al igual que José Cecilio del Valle, Dionisio de Herrera, Francisco Barrundia y otros centroamericanos de la época, Francisco Morazán pertenecía a esa generación de liberales que, según la descripción de un representante diplomático norteamericano de la época (Squier, 2004; Wells, 1960), eran liberales en política y religión y hombres de buena educación y patrióticos sentimientos, cuyo principal error fue una confianza excesiva en el impulso popular y su convicción de que la ignorancia y el clero constituían algunos de los principales obstáculos para la prosperidad, lo cual contribuyó a la profundización de los conflictos y rivalidades existentes tanto en el contexto de la República Federal como al interior de los Estados que la integraron.

A inicios del decenio de 1890 y coincidiendo con la celebración del primer centenario del nacimiento de Francisco Morazán, ocurrida en el año de 1792, a iniciativa de algunos gobiernos centroamericanos se escribieron las primeras biografías del llamado héroe mártir, a quien se le considera el representativo del período glorioso de la historia de la Centroamérica del siglo XIX.

En este contexto de celebración y búsqueda de una identidad nacional tanto la administración liberal guatemalteca como la salvadoreña se hicieron eco de la celebración del centenario y decretaron el 3 de octubre día de fiesta nacional (Martínez, 1992). En el caso guatemalteco se abrió un espacio para la discusión y la prensa publicó varios artículos en los cuales se denunciaba esta conmemoración organizada por el gobierno liberal guatemalteco encabezado por el General José María Reina Barrios, quien gobernó este país entre 1892 y 1898.

Los actores principales de esta polémica fueron, por un lado, el abogado y escritor Agustín Mencos Franco, quien debatía desde los periódicos *El Debate*, *La República* y *El Diario de Centro América*. En el otro lado, el también

jurisconsulto, político y escritor Lorenzo Montúfar, autor de una Reseña Histórica de Centro América publicada en varios tomos durante los años de 1887 y 1888 que ha sido considerado el ideólogo del liberalismo centroamericano. El doctor Montúfar publicó la mayoría de sus artículos en los periódicos guatemaltecos *Las noticias* y *la Nueva Era* (Mencos, 1982, 10).

En una obra que se publicó al año siguiente con el título de “Rasgos biográficos de Francisco Morazán”, se reunieron algunos de los artículos del historiador Rafael Mencos, sobre todo la polémica con el guatemalteco Lorenzo Montúfar y el salvadoreño Francisco Gaviria. En el año de 1899, Rafael Montúfar recopiló algunos de los escritos de su padre surgidos al calor de la polémica sostenida en el año de 1892 con aquellos que se oponían a la conmemoración del centenario del nacimiento de Francisco Morazán.

Según Mencos, era una ofensa para el nacionalismo guatemalteco pretender erigir un monumento y festejar el centenario del natalicio de Francisco Morazán, a quien consideraba un extranjero que agravó y humilló al pueblo guatemalteco. Como se puede suponer, la respuesta de Montúfar fue que ésta no es más que la conocida visión de los «serviles». En todo caso, es claro que la memoria de Morazán encarna un imaginario en torno a dos definiciones distintas de la nación y cuya bandera fue enarbolada por dos propuestas ideológicas presentadas como irreconciliables por la historiografía liberal y cuyos argumentos principales se tejieron al calor de esta discusión (Acuña, 2006).

Una de las razones que aducía Agustín Mencos para ponerse a que en Guatemala se conmemorase oficialmente este centenario era que Morazán,

Encontró unida a Centro América y en sus manos se deshizo la federación. La encontró presa de las revoluciones, y en vez de apaciguarlas las multiplicó hasta lo increíble. Halló divididos a sus habitantes, y en vez de reunirlos fomentó sus divisiones y resentimientos. Vio que la República necesitaba de paz y de progreso, y en vez de progreso y paz le dio por presentes la anarquía y el despotismo. Nosotros preguntamos: ¿En que consiste la grandeza política de aquel caudillo, si no pudo conservar la federación, si no supo tranquilizar el país, si no logró incólume la sagrada herencia de nuestros mayores? (Mencos, 1982, 28).

En esta polémica se identificaban dos visiones de la historia centroamericana del siglo XIX que suponen dos proyectos de nación diferentes e irreconciliables: en un extremo el que pretende reconstruir una nación fallida y enarbola un nacionalismo de unificación; en el otro lado, el que intentaba crear, cinco

naciones diferentes a partir de los restos de la nación fallida, proyecto que puede ser considerado como lo que algunos han denominado un nacionalismo de secesión (Acuña, 2006) para referirse a las tendencias impulsadas desde algunos países o gobiernos centroamericanos que llevaron a la fragmentación del espacio federal y a la constitución de las cinco unidades estatales que resultaron de este proceso de disolución. En este sentido Mencos afirmaba que,

Morazán no hizo la guerra a Guatemala por cuestión de principios, sino por cuestión de pueblos. Las revoluciones de los años 28 y 29, no son como quieren los poetizadores de la historia, la lucha entre la ley y la arbitrariedad, y entre la libertad y el despotismo. Nada de eso. La guerra de Morazán contra Guatemala, (perdóneme otra vez señor Gavidia), no es más que la guerra de guanacos contra chapines, no es otra cosa que las provincias tomando el desquite contra la metrópoli (Mencos, 1982, 30).

En el otro extremo, Lorenzo Montúfar respondió a algunas de las críticas que se hicieran al proyecto federal y a las acusaciones que se plantearon en el sentido de que Morazán no supo defender la federación e hizo énfasis en las ambigüedades que tenía la Constitución de 1824 y en cómo estas alentaban a los enemigos de la unidad nacional. Afirmaba que entre los defectos que contenía la Constitución, se hallaba uno de gran magnitud y era que esta ley se llamaba federativa sin serlo. Consideraba que para que pudiese existir un sistema federal era indispensable la igualdad entre los Estados que lo conforman, especialmente en lo que se refiere a su representatividad. Y no solamente en cuanto al peso numérico, también al procedimiento de ratificación de las leyes. Y en la Constitución de 1824 se le otorgaba al Congreso Federal un fuerte poder ya que tenía una representación proporcional, mientras que el Senado se encontraba representado de manera igualitaria por todos los Estados en un número de dos por cada uno de los Estados que formaban parte de la República Federal; además de la clara desventaja numérica entre ambas instancias legislativas, le correspondía al Congreso la ratificación de las leyes, a pesar del rechazo del Senado, y el Presidente Federal tenía la obligación de darle el ejecútese, sin importar el disgusto que esto le produjera (Montúfar, 1970, 7-9). Lo anterior obliga a cuestionarse sobre el carácter federativo de la constitución y de la institucionalidad legal sobre la cual se pretendía construir la nueva sociedad.

A lo anterior se le agrega la ausencia de un distrito federal y la poca autoridad y escaso poder que se otorgaba a la Corte Suprema Federal, que hacían imposible que se dirimieran las cuestiones surgidas entre los Estados a través de la vía legal y no por la artillería (Montúfar, 1970, 9-10). Según el autor todos estos

elementos constituían una fuente de conflicto y debilidad permanentes para el nuevo proyecto nacional que se intentaba construir, lo cual constituye una invitación a explorar una línea de análisis que puede arrojar resultados interesantes.

Además de explicar las debilidades formales y las inconsistencias jurídicas del proyecto federal, Montúfar señalaba algunos puntos que tuvieron que ver con la dinámica y el manejo político de los actores, entre otros: el conflicto generado con la expulsión del Arzobispo de Guatemala Ramón Casaus y de otros clérigos como Juan Antonio Carrascal, Manuel Carranza y Juan Ballesteros, hecho ocurrido entre el 10 y el 11 de julio de 1829 y la consiguiente expulsión de las órdenes religiosas en la región, decisión que produjo la reacción airada de diversos grupos y órganos corporativos y cuya participación y actuación es necesario explorar.

No es casual entonces que la defensa de la libertad de cultos se convirtiera en un punto neurálgico en la discusión entre liberales y conservadores y que resurge en el contexto del centenario del nacimiento del héroe-mártir vencedor de Gualcho, como lo denominó el historiador Lorenzo Montúfar. En síntesis queda claro que se trata de una sociedad en la cual los espacios políticos se encuentran disgregados en diversos centros de poder y entre los cuales la Iglesia ocupa un lugar privilegiado. En este punto la tensión entre la Iglesia y el laicismo estatal se convierte en un problema medular que se muestra como una contradicción irreconciliable.

En este mismo contexto conmemorativo se publicó una Biografía del General Francisco Morazán escrita por el entonces profesor de comercio Eduardo Martínez López. El autor se basó en documentación inédita y desconocida por gran parte de historiadores y cronistas centroamericanos de la época que se encontraban en el Archivo Federal de El Salvador para escribir la obra, la cual fue aprobada para su publicación por el gobierno salvadoreño en el mes de octubre de 1891, como parte de la celebración del centenario del nacimiento del héroe. Para dictaminar el trabajo se formó una comisión integrada por los señores Francisco Barquero y Antonio Alvarado, la cual consideró que las narraciones del señor Martínez López estaban de acuerdo en su parte esencial con las narraciones de los historiadores y cronistas que hasta el momento se habían ocupado de escribir sobre la vida y hazañas del héroe legendario, tales como Alejandro Marure, Miguel García Granados, los Montúfares y las Memorias del mismo Morazán. Además reconocía su valor histórico, al contener gran cantidad de documentos inéditos, lo cual la convertía en una obra de suma importancia para la Historia Patria y de gran utilidad para las escuelas de la República (Martínez, 1992, 3-13).

Cuadro 1. Lo que se escribió en el año del centenario nacimiento de Francisco Morazán

Autor	Título	Género Literario	Lugar
Ramón Salazar	Morazán y los localistas centroamericanos	Ensayo	Guatemala
Francisco Castañeda	Francisco Morazán	Ensayo	Guatemala
Félix A. Tejeda	A Francisco Morazán	Poema	Guatemala
Virgilio J. Valdez	Francisco Morazán	Ensayo	Guatemala
V. J. Morales	A Morazán	Poema	Guatemala
Ricardo Moreno Batres	Recuerdos. Al General Francisco Morazán en su centenario	Ensayo	Guatemala
Sin autor	El 3 de octubre	Ensayo	Guatemala
Sin autor	Francisco Morazán	Ensayo	Quezaltenango
Antonio Grimaldi	Francisco Morazán	Ensayo	Quezaltenango
Alfonso Espino	A Morazán	Poema	Sonsonate
Sin autor	Francisco Morazán	Ensayo	San Salvador
N. F. Lara	Al General Francisco Morazán	Poema	San Salvado
José María Gomar	El primer centenario de Morazán	Poema	San Salvado
Sin autor	Morazán	Ensayo	Santa Ana
Sin autor	3 de octubre de 1892	Ensayo	Tegucigalpa
Rómulo E. Durón	Himno patriótico en el primer centenario del general Francisco Morazán	Poema	Tegucigalpa
Miguel Solís Martínez	Al héroe mártir de Centroamérica Gral. Francisco Morazán en su primer centenario	Poema	Tegucigalpa
José Antonio Domínguez	Estrofas en el centenario de Morazán	Poema	Tegucigalpa
Jeremías Cisneros	A Morazán en su centenario	Poema	Gracias
Bolet Peraza N.	Centenario de Morazán	Ensayo	New York

Fuente: Martínez, 1992, 393-447.

Esta obra no pudo ser publicada en la fecha prevista y fue hasta el año de 1899 que el gobierno hondureño acordó su impresión. En esta primera edición el autor dedicó su obra a la memoria del Dr. Lorenzo Montúfar a quien consideraba un “Gran luchador y sostenedor de las libertades públicas de Centroamérica” (Martínez, 1992, 23).

En el contexto de la discusión que se desata en la prensa al igual que en los círculos políticos, intelectuales e institucionales, en ese año del centenario también se publicaron ensayos, poemas u otros textos dedicados a la memoria del héroe. Una producción literaria que por su variedad y diversidad daba cuenta de la dimensión y profundidad de la polémica. El siguiente cuadro da cuenta de algunos de estos escritos:

En un ensayo titulado “Morazán y los localistas centroamericanos” del escritor, periodista e historiador guatemalteco Ramón Salazar (1852-1914), a propósito del centenario, se puede ver cómo se va delineando la imagen del héroe mártir con la cual se le identifica a Morazán y se fueron acuñando algunos de los atributos con los cuales se le llega a identificar. En este sentido Salazar destaca que Morazán era,

... calificado como enemigo de Guatemala por algunos políticos miopes que no conocen al grande hombre sino por las consejas que sus abuelas les contaron en la infancia, describiéndolas á su manera la invasión del año de 1829; y elevado á la categoría de héroe y de mártir por los que creemos que no se debe juzgar á nuestros hombres políticos por el criterio estrecho con que acostumbra hacerlo el partido conservador de Guatemala (Salazar, 1992, 401).

Al mismo tiempo que se iba resaltando la faceta militar del héroe se ponía de relieve su dimensión centroamericanista al igual que el carácter universal de sus ideales. Al respecto Salazar consideraba que:

Para nosotros el héroe de Gualcho es, ante todo y sobre todo, una figura centroamericana. Nació en una época prolífica á grandes hombres en el mundo, y se alimentó en los pechos de la hermosa patria robusta, que nosotros no conocimos, pero por la cual suspiramos (Salazar, 1992, 401).

Entre los atributos que se fueron incorporando se destacan la heroicidad encarnada en su lucha por la defensa de la unidad centroamericana, una aspiración que se elevaba a la categoría de ideal, al igual que la defensa de principios universales como la libertad. Todo ello mezclado con la añoranza de un

pasado que era urgente retomar y que debía ser parte del proyecto impulsado por la nueva generación de liberales que asumió el poder en las últimas décadas del siglo XIX.

Lo importante de esta discusión es que permite identificar algunos de los ejes medulares de los dos proyectos de nación que están en contraposición: construir una Federación y construir estados-nación particulares y, a pesar de la añoranza por una fallida república unida, también se puede constatar el grado de avance de los proyectos nacionales, sus alcances al igual que sus limitaciones en cada uno de los antiguos Estados de la República Federal.

En el caso costarricense las imágenes continuadas de la nación centroamericana siguen presentes y salen a la luz en determinados contextos (Díaz, 2007, 103 y 104), como en la decisión del gobierno en el año de 1887 de remodelar la antigua plaza de La Laguna para dedicarla a la memoria del General Morazán con motivo de la realización de las exposiciones nacionales y la Dieta Centroamericana que se celebrarían en San José al año siguiente, pero en un contexto diferente, en el cual la idea nacional si bien se apega a la unidad, lo nacional está más asociado a lo costarricense y los atributos y valores con los cuales se convoca a sus pobladores remiten a elementos considerados como propios.

Es importante destacar cómo a partir de esas interpretaciones se están construyendo dos lecturas del pasado reciente centroamericano que a su vez sirvieron de base para la visualización de proyectos, construir una federación o construir estados-nación particulares, que al finalizar el siglo XIX se fueron mostrando como contrapuestos y a veces excluyentes; como es el caso de Guatemala y Costa Rica que ya habían avanzado en su proceso de construcción nacional estatal. Sin embargo, las discusiones en torno a la conmemoración también expresan las divergencias internas existentes entre los liberales tanto en Costa Rica como en Guatemala a pesar de su aparente consenso.

Por otro lado, en sociedades como Honduras el proceso de construcción nacional experimenta un tránsito difícil e inacabado que obliga a buscar en el tiempo las imágenes de proyecto también inconcluso como el proyecto federal que se van recreando en la memoria como el momento ideal, encarnado en la figura de un héroe mártir a partir del cual recrear el imaginario y pensar la nación hondureña en términos de un todavía no o una añoranza.

La figura de Morazán y la construcción del imaginario nacional hondureño

En este contexto comenzaron a emerger las figuras de los héroes de la independencia y del proceso de búsqueda de una institucionalidad e identidad nacional y de una nacionalidad hondureña, a saber: Francisco Morazán, Dionisio de Herrera, José Trinidad Cabañas, entre otros, todos ellos hombres prominentes de una primera generación de liberales. Y el discurso nacional que se va configurando a través de la escritura de historias nacionales y biografías de los próceres de la patria, se encontraba dominado por un fuerte sentido anti-colonial, que se expresaba en el rechazo a todo lo que representaba esta etapa, considerada como un momento de oscurantismo (Sierra, 2001, 25-27).

Por otro lado, es clara su vinculación con el poder político, al ser el Estado el que financió la escritura y publicación de estos textos al igual que la edificación de plazas y monumentos para glorificar y recrear la memoria de los héroes que van ingresando al panteón nacional.

Las biografías y textos que se escriben en el contexto del centenario del nacimiento de Francisco Morazán, compartían algunos supuestos sobre el pasado reciente de Centroamérica entre los cuales se destacan los siguientes:

En primer lugar, que la historia de Centro América del período comprendido entre 1821 y 1842 estuvo caracterizada por las luchas entre los partidos liberal y conservador para alcanzar la hegemonía política y económica del istmo. En segundo lugar, que los conservadores surgieron como clase política desde la colonia, sustentando su prestigio en los privilegios otorgados por los conquistadores españoles; a diferencia del partido liberal que se fue configurando en el proceso, destacando su carácter y vocación revolucionaria al presentarse como la expresión de un esfuerzo realizado por un grupo de políticos por romper con las cadenas impuestas por la dominación colonial y así encauzar a esta sociedad atrasada hacia la modernidad.

Todo esto en un contexto en el cual la construcción de un proyecto nacional estatal fue asumido como una tarea prioritaria por los diferentes gobiernos liberales centroamericanos, cuyo ascenso arranca en la década de 1870, en un afán por generar legitimidad a un proyecto de reforma que se basaba en la exaltación y añoranza del período federal como la época gloriosa de Centroamérica (Alda Mejías, 2002, 231).

Lo anterior permitía afirmar que el planteamiento liberal era necesario y urgente para el futuro de Centroamérica y que los hombres que defendían estos postulados eran los únicos capaces de llevar a la nación por el sendero de la verdad y, por lo tanto, todo el que se oponía estaba optando por un camino errado que debía ser combatido por el bien de la patria (González, 1972, 169-171). También explica la fuerza que adquirió la perspectiva propuesta por la historiografía liberal, cuyo eje de análisis se centró en la oposición entre liberalismo y conservadurismo y que ha limitado la óptica de análisis e impide identificar los rasgos que se van delineando en el proceso de construcción de un imaginario nacional que buscaba generar cohesión y compromiso con un proyecto de sociedad que se intentaba modelar en un contexto social y político aún disperso (Avendaño, 2011).

Esto es explicable si consideramos que con el vacío de poder que se produjo al momento de la independencia política de España, la búsqueda del equilibrio se convirtió en una empresa difícil. Sin embargo, no debemos olvidar que en este contexto de aparente oposición encontramos que existía coincidencia en lo que se refiere a la necesidad de poner en práctica propuestas políticas que condujeran a la modernización económica de las sociedades que hasta el momento conformaban el Reino de Guatemala.

Partir de la oposición liberalismo-conservadurismo al igual que emplear el término “modernidad” como si comprendiera un bloque monolítico y equipararlo con el liberalismo, difumina los matices y simplifica su diversidad y complejidad (Breña, 2006, 494) a la vez que oculta sus particularidades locales y regionales.

El paso de la condición de colonos a la de hombres libres en Centro América no fue el resultado de una lucha donde sobresaliera una figura relevante, de manera que la edad heroica de Centro América se la ubicó entre 1822 y 1842 y en este período la imagen de Francisco Morazán ocupó un lugar central. A diferencia de Guatemala, El Salvador y Costa Rica, países que lograron impulsar un proceso de transformación capitalista a través de la producción cafetalera, en el caso de Honduras, por su débil crecimiento agroexportador, el impulso a las medidas modernizadoras sin la presencia de fuerzas sociales que garantizaran la articulación de las regiones y la constitución de un poder central se convirtieron en una fuente de debilidad. Desde esta perspectiva es válido afirmar que la guerra contribuyó a dibujar más el perfil de algunos caudillos; de manera que, a lo largo del proceso, se produjo una convergencia entre la autoridad del jefe militar y la legitimidad de su poder (Lynch, 1987, 18). Y en el proceso de definición del cuerpo político nacional y de búsqueda de referencias

y valores comunes que promuevan la adhesión voluntaria a la comunidad de iguales que se perfila como proyecto, el hombre de armas aparece como un actor fundamental y elemento estructurante. De manera que la figura del soldado-ciudadano así como la memoria del héroe representa la historia del país (Hébrard, 1997) y explica la relevancia que adquiere en el caso hondureño la figura del héroe mártir.

Con el ascenso al poder del Dr. Marco Aurelio Soto, quien gobernó Honduras entre los años de 1876 a 1883, se alcanzó cierta estabilidad política, al menos momentáneamente. El presidente Soto tenía alguna experiencia política, ya que había colaborado con los gobiernos guatemaltecos de Miguel García Granados y Justo Rufino Barrios como ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación. Durante su administración estuvo acompañado de su cuñado, el Dr. Ramón Rosa, quien desde su cargo de Secretario General se convirtió en la pieza clave en el programa de reforma emprendido por este gobierno.

El Dr. Soto llegó al gobierno en el año de 1876 con el apoyo del General Justo Rufino Barrios, presidente de Guatemala. Barrios junto con el General Miguel García Granados, encabezaron en Guatemala una revolución liberal que dio fin al régimen conservador de Vicente Cerna, el 30 de junio de 1871 y tanto Ramón Rosa como Marco Aurelio Soto, dos hondureños que vivían en Guatemala, se incorporaron a este movimiento de reforma. En su paso por Guatemala también adquirieron experiencia periodística ya que junto a Manuel Lemus fundaron el periódico denominado "El Centroamericano" con el objetivo de apoyar la candidatura de Miguel García Granados.

Al ocupar la presidencia de Honduras el Dr. Marco Aurelio Soto buscó la adhesión de los caudillos que habían gobernado el país durante la década anterior, realizó una campaña nacional de desarme que favoreció el proceso de pacificación interna, estableció las bases para la modernización del ejército y la estructura jurídica para la organización del Estado Nacional, todo esto con el objetivo de sentar las bases para el desarrollo capitalista de esta sociedad. En otras palabras, diseñó un proyecto de reformas con el fin de establecer las condiciones necesarias para realizar los procesos de acumulación de capital requeridos y las necesarias transformaciones en las relaciones de producción que exigía la producción capitalista vinculada al mercado mundial (Posas y Del Cid, 1983 ; Carías, 2007).

Para tal efecto se promulgó la constitución de 1880 que sustituyó a la emitida durante el gobierno de José María Medina en el año de 1865. En ella se

garantizaba la libertad del sufragio, se establecía el voto directo y obligatorio y la separación entre la Iglesia y el Estado.

Aunque la obra modernizadora emprendida por el gobierno de Marco Aurelio Soto no tuvo el éxito esperado en el plano económico, al no lograr el desarrollo de una actividad productiva que permitiera establecer las bases para la integración económica y la unidad territorial. En el plano político y cultural avanzó en la definición de las bases legales e institucionales necesarias para la edificación estatal y, sobre todo, para perfilar el imaginario nacional requerido. En este sentido, el modelo nacional contenía todos los elementos necesarios para la configuración de un imaginario que pretendía generar el sentimiento de lealtad y pertinencia que ampliara la imagen de un nosotros compartido por la mayoría de los hondureños.

En el plano cultural la administración de Marco Aurelio Soto promovió la educación pública, reorganizando la enseñanza primaria, secundaria y universitaria. También creó el Archivo y Biblioteca Nacional, encargando su organización al presbítero Antonio R. Vallejo y la Dirección General de Estadística, a cargo de don Francisco Cruz. En el año de 1881 se realizó el primer Censo Nacional, seis años después, en 1887, se efectuó el segundo censo y en 1892 se publicó el Primer Anuario Estadístico, el cual fue el punto de partida para la sistematización de las estadísticas oficiales (Posas y Del Cid, 1983; Barahona, 1991; Carías, 2007).

En el año de 1877 se inició la publicación del primer periódico informativo, además del diario oficial “La Gaceta”. Este órgano de prensa nació bajo la denominación de “La Paz” y tuvo como director al escritor Adolfo Zúñiga, quien a su vez fue uno de los redactores de los Códigos Civil, Penal y de Procedimientos, elaborados junto con el juriconsulto Alberto Uclés y el General Enrique Gutiérrez y que tuvieron vigencia a partir del mes de agosto de 1880 (Valle, 1954, 216).

También se realizó un esfuerzo sistemático de recuperación de la memoria y de la conciencia histórica nacional, para lo cual se escribió tanto la biografía de la nación como la de sus grandes héroes. Es así como en el año de 1878 se le encargó al presbítero Antonio Ramón Vallejo escribir una historia de Honduras, la cual fue publicada en el año de 1892 con el título de Historia Social y Política de Honduras y estaba destinada a ser utilizada como texto escolar (Pérez, 1983, 13-14). Al mismo tiempo, se le encargó al Dr. Ramón Rosa, Ministro General de Soto, la redacción de las biografías de los Próceres de la Patria, entre otras la de José Cecilio del Valle y Francisco Morazán.

El interés por mantener viva la imagen de los personajes destacados durante el periodo federal y de mostrar su obra se reflejó también en la decisión de construir estatuas y monumentos conmemorativos dedicados a estos héroes. Lo anterior en una tradición que si bien no era nueva, ya que no es con los sucesos de la revolución francesa y los procesos de independencia que surgió la necesidad de una imagen mítica en la sociedad, con el nacimiento del Estado moderno y la afirmación del individuo se produjeron algunos cambios tanto en su percepción como en su función social y política (Chust y Mínguez, 2003) y en este nuevo contexto el Héroe de la Nación se convierte en un elemento necesario.

Esta labor de imaginaria cívica se inició con la erección de las estatuas en las plazas principales de la capital a cuatro hombres destacados de un período que se va idealizando y que por este acto se les consagra como miembros del panteón nacional (Rosa, 1965, 5), pero que no necesariamente coinciden en lo que se refiere a posiciones y visiones sobre el proyecto nacional a construir. Por un lado tenemos a José Cecilio del Valle, quien encarna el pensamiento ilustrado, por el otro a Francisco Morazán y José Trinidad Cabañas como los héroes centroamericanos defensores del proyecto republicano encarnado en la República Federal y en el otro extremo al Presbítero José Trinidad Reyes, quien impulsa la educación con la erección de la Universidad en Honduras y al mismo tiempo fue uno de los opositores de los morazanistas.

Con ello también se pretendía atender la modernización y embellecimiento de la nueva capital Tegucigalpa, cuyo traslado desde Comayagua fue decretado por la Asamblea Nacional Constituyente el 20 de octubre de 1880 (Anales del Archivo Nacional, julio 1968, 25). Al mismo tiempo que se construían nuevos espacios para la sociabilidad se cumplía una función de educación cívica ya que el decorado visual, aunque menos discursivo que un texto, permite que un recuerdo histórico mantenga su presencia y se logre imponer con mayor fuerza.

La imagen de José Cecilio del Valle debería ser colocada en un monumento dedicado a su memoria que sería construido en la plaza de San Francisco y la elaboración de la escultura fue contratada al artista Francisco Durini, quien se comprometió a encargar a Italia una estatua de pie, en mármol de carrara. Coincidiendo con el cuarenta y dos aniversario de la Independencia se programó la inauguración de la estatua del sabio Valle. Al respecto el ministro Ramón Rosa auguraba que:

Gran día va a ser el día de la inauguración, en que el pueblo y Gobierno hondureños, tras dilatados años de olvido, van a hacer justicia a la memoria de su más ilustre Estadista; van a dar un público testimonio de aprecio y simpatía a los altos merecimientos de un hombre honrado, de elevadas ideas; van a reconocer y exaltar la más legítima y esplendorosa de las glorias; la gloria de la inteligencia que enseña, que ilustra y moraliza (Rosa, 1965, 8).

Por otro lado, el monumento al General Morazán fue edificado en la plaza principal de la ciudad de Tegucigalpa y fue inaugurado con gran solemnidad el día 30 de noviembre del mismo año de 1883, durante los primeros meses del gobierno de don Luis Bográn. La estatua fue colocada sobre un pedestal de piedra y mármol y su construcción fue ordenada mediante un decreto emitido por el presidente Marco Aurelio Soto el 27 de agosto de 1882, firmado por Ramón Rosa en su calidad de Ministro de la Guerra (Boletín del Distrito Central, 1942, 141-143).

Este modelo integrador de Nación que se intentaba implementar mediante un proyecto de Reforma Liberal tenía como objetivo cimentar los fundamentos jurídicos e institucionales de un Estado Nacional, sentar las bases de un desarrollo sostenido y, sobre todo, construir un imaginario de Nación que facilitara la necesaria integración del hondureño en torno a un sentimiento común. Por esta razón se vuelve imperiosa la necesidad de convocar a la unidad y crear una imagen de comunidad invocando las hazañas de un héroe que nos recuerde la urgencia de concluir una tarea aún inconclusa y para la cual estaba llamada esta nueva generación de liberales hondureños.

En el discurso pronunciado por el hondureño Alvaro Contreras a propósito de la inauguración del monumento erigido en San Salvador en honor a la memoria de Morazán, el 15 de setiembre de 1882, se expresaba con claridad la necesidad de exaltación de un período glorioso y la reencarnación de este momento cumbre en la figura de un héroe cuando dice a manera de sentencia: “Suprimid el genio de Morazán, y habréis aniquilado el alma de Centro América” (Chávez y Contreras, 1992, 11).

Este texto se ha convertido en la inspiración de muchos autores y, por lo tanto, en uno de los documentos fundacionales para la exaltación y construcción del imaginario morazánico alrededor de la figura del héroe-mártir, quien en un proceso de desplazamiento a su vez encarna los valores e ideales de libertad y unionismo. En este discurso Contreras afirmaba que al ser Morazán,

Protagonista de una gran tragedia, nuestro gran capitán se destaca fascinador desde su primer campo de batalla, donde se le ve en todas partes, llevando sobre su frente aquella aureola de los predestinados que se hacen sentir de un modo misterioso pero formidable! Es el sol que se levanta en el oriente de nuestra existencia como nacionalidad emancipada (Chávez y Contreras, 1992, 11).

En la inauguración del primer monumento construido en Honduras para honrar la memoria de Francisco Morazán en el año de 1883, el Dr. Ramón Rosa, Ministro General del gobierno de Marco Aurelio Soto refuerza esta imagen cuando afirma lo siguiente:

El nombre de Francisco Morazán simboliza para nosotros- para todos los que reconocen el verdadero mérito y aspiran al verdadero bien, estos principios que infunden el aliento de nuestra vida: libertad, progreso, unión nacional centroamericana (Rosa, 1954, 33).

Pero Ramón Rosa va más allá y uno de los rasgos más sobresalientes de la Biografía de Morazán escrita por él es la asociación entre el héroe y un período que encarna un pasado glorioso en la historia hondureña y centroamericana. Al respecto Ramón Rosa considera que,

En el cuadro que ofrece la edad heroica de Centro América, que comienza en el año de 1822 con la protesta armada contra la anexión de Centro América al Imperio Mexicano de Don Agustín de Iturbide, y termina con los trágicos sucesos del año de 1842, destacase serena, noble y majestuosa, la figura simpática de un hijo de Tegucigalpa, de Francisco Morazán, que con su brazo supo combatir la reacción encaminada contra la independencia y la libertad, y, con su indomable carácter y sus ideas firmes y elevadas, mantener viva la fe en los altos e inmortales destinos de la República (Rosa, 1971, 11).

La vida política de la Centro América de este período heroico está asociada naturalmente a la vida del héroe, lo cual explica que su biógrafo considere que escribir la historia de Morazán no es redactar los preparativos, combinaciones y resultados de las batallas de un héroe que supo imponerse a la fortuna, es mucho más que todo esto, es juzgar a un hombre de grandes ideas, en una época de vacilaciones y, al mismo tiempo, apreciar con mayor exactitud todo un sistema político (Rosa, 1971, 11-13) que pretendía llevar al istmo centroamericano hacia la modernización, el progreso y las libertades republicanas.

En el proceso de hondureñización de la figura de Morazán al ingresar al panteón nacional se le rescató como el héroe centroamericano que recreaba la memoria del reciente pasado federal y encarnaba la idea de lo que no fue, que a su vez explica la imagen de héroe mártir de la unidad centroamericana con la cual se le asocia en el imaginario hondureño y que representa la posibilidad futura de construir un proyecto viable para la sociedad hondureña.

Conclusiones

Los gobiernos liberales hondureños de finales del siglo XIX intentaron impulsar un proyecto de reforma que pretendía cimentar los fundamentos jurídicos e institucionales de un Estado Nacional, sentar las bases de un desarrollo socioeconómico sostenido y, por esta vía construir un imaginario de Nación que favoreciera la integración y modernización de la sociedad y promoviera la construcción de lealtades y sentimiento de pertenencia de los hondureños a su nueva comunidad política.

En este contexto se vuelve estratégica la idea de la unidad y la necesidad de crear una imagen de comunidad que evoque las hazañas de un héroe que le recuerde a esta nueva generación de liberales la tarea aún inconclusa para la cual están todos convocados. Pero también es claro que la memoria de Morazán encarna un imaginario en torno a dos definiciones diferentes de nación que han sido mostradas como irreconciliables por la historiografía liberal y cuyos argumentos principales se tejieron al calor de esta discusión y en el contexto de los procesos de construcción de un imaginario nacional y de búsqueda de un mito fundacional para cada una de las entidades estatales y nacionales que se fueron configurando a lo largo del siglo XIX a partir de lo que fue la República Federal Centroamericana.

La construcción de un imaginario en torno a una figura heroica al igual que la añoranza de un pasado reciente que se enaltece y las acciones e ideales de sus actores constituyeron algunos de los fundamentos de este modelo de nación que concibieron los políticos e intelectuales liberales hondureños del último tercio del siglo XIX y que se esforzaron por implementar en una sociedad cuyas condiciones materiales obstaculizaron el éxito de este modelo para armar.

Bibliografía y fuentes

Anales del Archivo Nacional (1968), fascículo 3, año II, julio, p.25.

Album Morazánico (1942) Tegucigalpa, Talleres tipográficos nacionales.

Alda Mejías, Sonia. (2000). El debate entre liberales y conservadores en Centro América. Distintos medios para un objetivo común, la construcción de una república de ciudadanos (1821-1900). *Espacio, tiempo y forma*, Serie V, T. 13, 271-311.

Alda, Sonia. (2002). Las revoluciones liberales y su legitimidad: la restauración del orden republicano. El caso centroamericano, 1870-1876, *Revista de Historia*, 45.

Avendaño, Xiomara. (2012). Estado y corporaciones en la Nicaragua del siglo XIX, En Díaz, David y Viales, Ronny (Eds.). *Independencias, Estados y política (s) en la Centroamérica del siglo XIX*. San José: Editorial UCR-CIHAC.

Barahona, Marvin. (1991). *Evolución histórica de la identidad nacional*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras.

Barahona, Marvin. (2009). *Pueblos indígenas, Estado y memoria colectiva en Honduras*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras.

Bertoni, Lilia Ana. (1992). Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891. *Boletín del Instituto de Historia Argentina "Dr. E Ravignani"*, Tercera Serie, No. 5.

Boletín del Distrito Central. (1942, septiembre). Edición en homenaje al primer centenario de la muerte del héroe, 141-143.

Breña, Roberto. (2006). El liberalismo hispánico en debate: aspectos de la relación del primer liberalismo español y la emancipación americana. *Historia Contemporánea*, 33, 463-494.

Carías, Marcos. (2007). *De la patria del criollo a la patria compartida. Una historia de Honduras*. Choluteca: Ediciones Subirana.

- Carmagnani, Marcello (Ed.). (1996). *Federalismos latinoamericanos. México, Brasil, Argentina*. México: Colegio de México-Fondo de Cultura Económica.
- Chartier, Roger. (1999). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Chávez, Luis y Contreras, Álvaro. (1992). *Textos morazánicos*. Tegucigalpa: Secretaría de Cultura.
- Chust, Manuel; y Mínguez, Víctor. (2003). *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Díaz, David, (2007). *Las fiestas de la Independencia en Costa Rica 1821-1921*. San José: Editorial UCR.
- Goldman, Noemí. (2005). Hacia el Bicentenario: revolución, soberanía e independencia en América del Sur. *Foro bicentenario Latinoamericano 2005. Contar y pensar la América nuestra*. Recuperado de http://www.albicentenario.com/index_archivos.
- González, Paulino. (1972). El Francisco Morazán de don Lorenzo Montúfar. *Estudios Sociales Centroamericanos*, I, (2), 169-171.
- Hébrard, Véronique. (1997). El elemento militar en la formación de la nación venezolana, 1810-1830. *Anuario de Estudios Bolivarianos*, VI (6), 83-132.
- Le Goff, Jacques. (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Lynch, John. (1995). *Caudillos en Hispanoamérica (1800-1850)*. Madrid: Editorial Mapfre.
- Lynch, John. (1987). *Hispanoamérica 1750-1850. Ensayos sobre la sociedad y el Estado*. Bogotá: Centro Editorial Universidad de Colombia.
- Martínez, Eduardo. (1992). *Biografía del General Francisco Morazán*. Tegucigalpa: Alin Editora S. A.

- Mencos, Agustín. (1982). *Rasgos biográficos de Francisco Morazán. Apuntes para la historia de Centroamérica*. Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra.
- Montúfar, Lorenzo. (1970). *Francisco Morazán*. San José: Educa.
- Mora, Pascual. (2002). Bolívar, imaginario social. *Cifra Nueva*, (enero-junio), 102-105.
- Pérez Brignoli, Héctor. (1983). *La reforma liberal en Honduras*. Tegucigalpa: Editorial Nuevo Continente.
- Poderte, Alicia. (1999). La nación imaginada. Trayectos ideológicos y ficcionales en el espacio andino. *Anales*, 2.
- Posas, Mario y Del Cid, Rafael. (1983). *La construcción del sector público y del Estado Nacional en Honduras (1876-1979)*. San José: EDUCA.
- Randazzo, Francesca. (2006). *Honduras, patria de la espera*. Tegucigalpa: Instituto Hondureño de Antropología e Historia.
- Rosa, Ramón. (1954). Monumento dedicado a la memoria del ilustre General Francisco Morazán. En Heliodoro, Rafael (Ed.). *Oro de Honduras. Antología de Ramón Rosa*. Tomo Segundo, Tegucigalpa: Talleres Tipográficos Aristón.
- Rosa, Ramón. (1965). *Biografía de sabio José Cecilio del Valle*. Tegucigalpa: Ministerio de Educación Pública.
- Rosa, Ramón. (1971). *Historia del Benemérito Gral. Don Francisco Morazán expresidente de la República de Centro América*. Tegucigalpa: Instituto Morazánico.
- Salazar, Ramón. (1992). "Morazán y los localistas centroamericanos", Lo que se escribió a propósito del primer centenario del nacimiento de Francisco Morazán. En Martínez López, Eduardo (Ed.). *Biografía del General Francisco Morazán*. Tegucigalpa: Alin Editora S. A.
- Salgado, Felix. (1928). *Compendio de historia de Honduras*. Comayagüela: Imprenta El Sol.

- Sierra Fonseca, Rolando. (2001). *Colonia, independencia y reforma. Introducción a la historiografía hondureña*. Tegucigalpa: Fondo Editorial Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán.
- Sierra Fonseca, Rolando. (2003). *El problema de la idea de nación en la Honduras del siglo XIX*. Tegucigalpa: PNUD.
- Squier, Ephraim G. (2004). *Apuntamientos sobre Centro América. Honduras y El Salvador*. Managua: Fundación VIDA.
- Taracena Arriola, Arturo. (1993). Liberalismo y Poder Político en Centroamérica (1870-1929). En Acuña, Victor (Ed.). *Historia General de Centro América*, Tomo IV, Madrid: Ediciones Siruela S.A.
- Valle, Rafael. (1954). *Oro de Honduras. Antología de Ramón Rosa*. Tegucigalpa: Talleres Tipográficos Aristón.
- Wells, William. (1960). *Exploraciones y aventuras en Honduras*. Tegucigalpa: Banco Central de Honduras.